

**II CERTAMEN
DE RELATOS**

EL MUNDO ESFÉRICO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO

ÉCIJA, 2005

Foto portada: *Stonehenge*.

Edita: I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO - ÉCIJA

Dep. Legal: SE-2030-06

Impresión y maquetación: Talleres Gráficos CODIAR
Polígono Industrial La Campiña, parcela 29 (naves 1 y 2)
41400 – Écija (Sevilla)



De izquierda a derecha (arriba): Almudena Trillo, Inés M^a Gálvez, M^a Antonia Álvarez, Esperanza Maqueda, Irene Alhama, Elisa A. Balmaseda y Sergio Jiménez; *(abajo)* Juan Jesús Aguilar, Manolo Parejo, Rafael Roldán.

A MODO DE PRESENTACIÓN

Estimado lector, bienvenido al libro que recoge los relatos ganadores del “II Certamen de Relatos *El Mundo Esférico*”, convocado por el Dep. de Inglés del I.E.S. Nicolás Copérnico, con la colaboración del Dep. de Lengua Castellana y Literatura y con el patrocinio de *Écija Fórum*.

Alguien me confesó en cierta ocasión que, cuando una cosa sale bien, siempre existe el temor de que la próxima vez no vuelva a gozar del mismo éxito. Ésta es la sensación que experimenté a medida que transcurrían los días y las semanas después de haber hecho públicas las bases para el “II Certamen de Relatos *El Mundo Esférico*”, y seguían sin llegar a mis manos las esperadas obras de nuestros alumnos para poder darles entrada. La fecha límite de entrega, que al principio se había arrastrado hacia nuestro Departamento de Inglés con paso lento, tranquilo, amenazaba con emprender un *sprint* final hacia una línea de meta que ya no quedaba tan lejos.

Salvo algunas promesas que aseguraban convertirse en relatos presentados a concurso, lo único que retumbaba en mis oídos eran frases como: *no tengo tiempo, no se me ocurre nada o ¿y qué voy a escribir yo?* Tan sólo me tranquilizaba, aunque no por completo, saber que todo escritor tiene ciertos miedos e inseguridades que ha de superar antes de embarcarse en la producción de una nueva obra. Afortunadamente, no me equivoqué: cuando la fecha límite para entregar los relatos sacó pecho para, con los brazos levantados, romper la cinta de meta, fueron llegando uno tras otro, en ocasiones en compañía, los sobres que venían a regalarnos las obras de nuestros alumnos.

El “II Certamen de Relatos *El Mundo Esférico*” estaba en marcha y, además, superando la veintena de colaboraciones.

Como ya te expliqué, lector, en la edición anterior, nuestro certamen se divide en tres modalidades: A (1º y 2º E.S.O.); B (3º y 4º E.S.O.); y C (1º y 2º Bachillerato). En la primera convocatoria se nos planteó un reto: conseguir que las modalidades A y C participasen en mayor número. Lo hemos superado a medias, pues se ha obtenido una amplia participación en Bachillerato (con tantas obras como en 3º y 4º E.S.O.). Sin embargo, 1º y 2º E.S.O. siguen siendo muy poco participativos. Queda como desafío para la próxima edición.

En las bases del certamen les pedíamos a nuestros alumnos que sus relatos reflejasen algún tipo de intolerancia, de discriminación, cualquier conflicto, al fin y al cabo, originado en la diferencia. En consecuencia, nos hemos encontrado con obras que mostraban rechazo social, maltrato, confrontación entre pueblos, sueños incumplidos, atentados, campos de concentración, un trágico cruce de fronteras, etc. No obstante, no me gustaría quedarme en generalidades, por lo que aprovecharé este punto para ser un poco más concreto y dedicar unas líneas a avanzar el contenido de los relatos seleccionados como ganadores de este II Certamen.

Entre los autores más pequeños ha destacado una breve historia de maltrato de género que consigue resolverse de manera satisfactoria.

En la modalidad intermedia nos topamos con una relación amorosa que no llega a buen fin porque al entorno de los enamorados le resulta imposible concebir y mucho menos permitir que dos personas que pertenecen a diferentes mundos y culturas puedan vivir juntas. El tiempo y las siguientes generaciones acabarán resolviendo la situación.

Continuando con la modalidad B, se va endureciendo el contenido de los relatos al encontrarnos de frente con el sinsentido

nazi y el abuso contra la libertad que ejercieron sobre tantas personas. Justo al final se vislumbra una esperanza de liberación que, de manera triste pero a la vez realista, acaba viéndose truncada.

Y por fin llegamos a los alumnos de Bachillerato. Aquí hemos escogido dos historias muy bien contadas, pues no sólo despertaron nuestro interés sus contenidos, sino la manera en que ambas autoras han manejado los recursos formales para que forma y contenido se hagan interdependientes e inseparables. En uno de los relatos asistimos a un atentado que dejó marcadas las *vías* por las que todos discurrimos a diario y no sólo las de la estación de Atocha en Madrid. Nos encontramos con una narradora que ha salvado su vida milagrosamente, pues no llegó a sonar el despertador que habría de llevarla al *trastero del infierno* (citando palabras del relato). Esta narradora encuentra su catarsis impersonando la voz de una serie de personajes afectados por un horror que se ha adueñado de sus vidas y de la de sus seres queridos.

Por otra parte, también tenemos una narración en la que un conflicto al que desgraciadamente estamos tan acostumbrados como es el Palestino-Israelí, se nos dibuja a través de las vidas paralelas de dos jóvenes que pertenecen a sendos bandos. Ambos se ven arrastrados por un determinismo histórico, cultural, popular, al que por un fugaz momento parecen ser capaces de hacer frente, si bien al final el odio que les ha sido administrado por vía intravenosa desde sus nacimientos acaba siendo más fuerte, provocando un desenlace temido, aunque de ninguna manera inesperado.

Por último, entre los relatos de Bachillerato, también mencionaremos otro que nos recuerda la fragilidad de las vidas de todos aquéllos que quieren cruzar una frontera de manera clandestina. En este caso se trata de la frontera entre México y EE.UU. Hay una promesa, una ilusión encarnada por alguien a quien lla-

man “El Salvador de Almas”, un personaje que finalmente sorprende al lector con sus particulares métodos para hacer honor a su irónico nombre.

Para terminar de hablarte de los relatos de este volumen, me he permitido recoger unas palabras de la escritora afro-americana Toni Morrison, premio Nobel de Literatura, porque podrían ser una buena definición de lo que nuestros alumnos han conseguido transmitir a través de su creación literaria. Para Toni Morrison:

“[La literatura] Es un refugio, un lugar donde todo puede ocurrir, donde se puede reaccionar con violencia o sublimidad, donde es bueno sentir melancolía o temor, o incluso fracasar, o equivocarse, o amar a alguien, o desear algo profundamente, y no llamarlo por otro nombre, no sentir vergüenza por ello. Es un lugar para sentir profundamente.”

No dudes en ningún momento, lector, que nuestros alumnos han transmitido en sus relatos unos sentimientos profundos, unas preocupaciones a las que han llamado por sus nombres, aunque a veces a la sociedad no le guste pronunciarlos en voz alta.

Por último, después de haberte hecho partícipe de la evolución de este II Certamen, me gustaría dedicar unas palabras a este libro que tienes en tus manos y al que ya se editó el pasado año.

Vuelvo a tomar prestadas las palabras de un escritor consagrado, como es el caso del argentino Adolfo Bioy Casares, buen amigo de Jorge Luis Borges, que dijo lo siguiente:

“Lo que me mueve a escribir [...] es el placer de las historias. Es algo que va más allá de la técnica; es algo que tenemos en común con los muchachos

que entraban en los cafés de El Cairo y contaban las historias que hoy llamamos *Las mil y una noches*. Somos narradores, hay mucha gente que lo es y para esa gente hay otra que está deseando que le narren historias.”

Gracias a este modesto volumen, no serán sólo los miembros del Jurado los únicos que disfruten con estas historias, porque sabemos que hay gente que, como dice Bioy Casares, “está deseando que le narren historias”. Como ves, no se trata de un libro pretencioso en cuanto a la forma, pero puedes estar seguro, amigo lector, de que su peso supera al de una gruesa enciclopedia si se tienen en cuenta las miradas y sonrisas de ilusión que me regalaron mis alumnos al saber que finalmente se estaba preparando esta publicación.

Al igual que para el diploma que se les entregó en su día a los ganadores, el motivo escogido para la portada del libro es *Stonehenge*, imagen característica de nuestro certamen. La representación de este monumento megalítico nos parece adecuada por varias razones: su planta circular está estrechamente relacionada con el nombre de nuestro certamen (*El Mundo Esférico*) y con la idea de igualdad que intenta promover; la relación que se le atribuye con la disposición de los astros en el firmamento también enlaza con el nombre de nuestro Centro (Nicolás Copérnico); por otro lado, es un emblema de las islas británicas, cuyo idioma principal nos empeñamos en enseñar en nuestro Departamento; pero, sobre todo, lo que más me ha atraído siempre de *Stonehenge* es el halo de silencioso misterio contenido a través de los siglos que son capaces de evocar esas inmensas ruinas de piedra. Cuando oigo *Stonehenge* acuden a mi mente de inmediato palabras como *druidas, rituales, estrellas, constelaciones, antigüedad, sabiduría, tiempo, magia*.

¿Y acaso no es magia lo que nuestros alumnos han sido

capaces de crear partiendo de la combinación de un sistema de signos plasmada sobre un papel? ¿No han sido capaces de levantar historias creíbles, que te llegan a conmover, que te inquietan, te entristecen y te alegran...no han sido capaces de crear vida con sus ideas y con sus propias manos? Eso también es magia.

Juan Jesús Aguilar Osuna
Coordinador del Certamen.

AGRADECIMIENTOS

A los profesores que me han acompañado en el Jurado, que han sido una vez más, **M^a Antonia Álvarez y Rafael Roldán**, porque sé que, al igual que yo, se han leído todos los relatos presentados por nuestros alumnos.

A **Manolo Parejo** (Dept. Religión): porque sigue siendo el mejor a la hora de animar a los alumnos para que escriban.

A **Fernando Ramírez** (Secretario del I.E.S. Nicolás Copérnico): por los dolores de cabeza que le hayan producido mis constantes visitas para ver cómo iba todo con nuestro patrocinador y por su ayuda con la impresión de los diplomas del II Certamen.

A **ÉCIJA FÓRUM** por partida doble: por cubrir los imperativos económicos que acompañaban tanto a los premios concedidos en este II Certamen, como a la edición del libro con los relatos ganadores del I Certamen.

A **SCHOELLER ARCA SYSTEMS**: por patrocinar la edición de este volumen que tienes en tus manos.

A **Fernando del Pino** (Dept. LCL): por su disponibilidad al facilitarnos un buen contacto con *Codiar*, la empresa gráfica donde se han editado los libros, a quienes también hay que agradecerles su profesionalidad.

Y, en último lugar, pero sin embargo son los más importantes: a **todos los alumnos que han presentado obras a este II Certamen**, ganadores y no tan ganadores, porque si se ha podido llevar a cabo, ha sido gracias a la manera en que han demostrado que sí tenían tiempo, que sí se les ocurrían muchas cosas y que sí sabían escribir.



LOLA

INÉS MARÍA GÁLVEZ GARCÍA
(1º E.S.O.)

1º PREMIO (Modalidad 1º y 2º E.S.O.)

Silvia estaba enferma y tenía fiebre. No tenía ganas de nada y estaba sola en su casa porque su madre trabajaba hasta tarde. Estaba triste y se sentía mal. Días antes había tenido una discusión con su madre por una bobada, Silvia se había puesto muy borde y no tuvo el valor de pedirle perdón. No sólo era por eso, también le entristecía que su madre no le hiciera demasiado caso; estaba muy atareada con un artículo para el periódico y no tenía tiempo para atender a su hija. Eso pensaba ella. Y comenzó a creer que su madre no la quería, que no era lo suficientemente buena para ella.

Días antes de que Silvia cayera enferma la habían acusado de haber pegado a un niño de su clase. Aunque Silvia dijo que no, que eso era mentira, nadie le hizo caso.

Cuando llegó a casa, no se lo contó a su madre, pensó que no la comprendería y se enfadaría con ella.

Ahí empezó a sentirse sola, a necesitar cariño. Nadie se lo demostraba. Pensaba que ella no llegaría a ser como su madre, tan perfecta para todo, y lloraba a escondidas muchas veces.

Un día de tantos otros, una pareja rumana se mudó al bloque de Silvia. A Silvia le cayó bien su nueva vecina, Lola, y por eso se hicieron amigas.

Muchas tardes Lola bajaba para invitar a Silvia a tomar un helado. Silvia se sentía bien; Lola la hacía reír y la escuchaba

con atención cuando hablaba. Sin embargo, en ocasiones sentía un pellizco que le recordaba que Lola no era su madre.

Pronto empezaron a oírse gritos y porrazos en casa de Lola. Silvia y Pilar, su madre, pensaban, sin hablarse entre ellas, que sería alguna discusión sin importancia entre la pareja, hasta que se convirtieron en peleas frecuentes.

Una tarde, cuando Lola se llegó a casa de Silvia para dar una vuelta, la encontraron triste y con la cabeza gacha. Pilar empezó a preocuparse un poco y Silvia también.

Entonces Silvia y su madre decidieron ayudarla, pasara lo que pasara. Le daban cariño y la animaban, le decían que ellas estaban a su lado.

Fue cuando Pilar y Silvia se dieron cuenta de que ellas mismas necesitaban también el cariño que le daban a Lola, porque, aunque la comunicación entre ellas fue mejorando, aún reconocían que no se demostraban cuánto se querían.

Ahora, al hablar a menudo acerca de su amiga Lola, la relación madre-hija se iba haciendo más intensa.

Poco a poco Lola iba sonriendo y pensó que, como Pilar y su hija la ayudaban, ella debía contarles su problema. Además, Lola vio que sus vecinas eran buenas personas en las que se podía confiar.

Entonces decidió contarle: su marido la maltrataba.

La reacción de Silvia y Pilar fue de preocupación pero le dijeron que no tenía nada que temer, porque la ayudarían incondicionalmente. Por eso, a los dos días las tres fueron a denunciar al marido de Lola y éste días más tarde desapareció de sus vidas.

Desde entonces las tres mujeres mejoraron su situación, gracias al apoyo y cariño que se daban mutuamente.

Silvia daba gracias al cielo por haber conocido a Lola, una mujer que, aún teniendo problemas personales, se ocupó de los suyos, y que resultó ser el punto de partida para el reencuentro con su madre.



UN MOMENTO DE LIBERTAD

SERGIO JIMÉNEZ ATENCIANO
(3º E.S.O.)

1º PREMIO (Modalidad 3º y 4º E.S.O.)

CAPÍTULO 1: Captura

Sólo se escuchan explosiones, disparos y gritos de dolor. El soldado corre desesperadamente por una pequeña loma. El miedo hace que le tiemblen las manos y el rifle cae al suelo. Intenta coger su pistola pero no logra sacarla de la vaina. Desistiendo continua su huida desesperada. Sabe que es un cobarde, pero los pies ya no le responden y acaba por tropezar y caer rodando a una trinchera. Una mezcla entre barro y sangre le llega a la lengua y escupe con asco. Se intenta levantar pero las fuerzas le fallan. Se deshace de las granadas y del pesado equipo que lleva para el combate y, algo más ligero, reemprende su huida dentro de la trinchera, mirando a todos lados buscando algo para salir de allí. El miedo se acrecenta cuando descubre que con la lluvia y las constantes explosiones los muros de la fosa podrían

venirse abajo y enterrarlo bajo muchos kilos de barro. Una muerte que nunca hubiera imaginado. Por fin logra vislumbrar unas escaleras para salir de lo que podría llegar a ser su tumba, pero como una maldición que le persigue allí donde vaya, junto a las escaleras aparecieron un grupo de soldados nazis, armados con sus rifles, utilizados quizás demasiado en esta maldita guerra. Ahora, llevado por la fuerza del miedo y del instinto, logra esgrimir la pistola, pero la culata de K9 se la quita de las manos, y posteriormente, un golpe en la cabeza, la conciencia.

El ruido de una locomotora lo despierta y pronto un dolor de cabeza se sobrepone sobre cualquier ruido. Al abrir los ojos vio muchos ojos que lo miraban con curiosidad. “Quizás sea el uniforme, es extraño que estos bastardos cojan a un soldado”. Pero se dio cuenta de que daba igual que fuera un soldado, persona corriente o rey de reyes, te iban a tratar igual que a todos: peor que a un animal. De todas formas el traje estaba hecho pedazos y no imponía ningún respeto, solo parecía un vagabundo. Sus distinciones y armas habían desaparecido, aunque pensaba que no se las merecía. Había huido en mitad del combate presa del pánico y el horror dejando a sus compañeros a merced de los nazis. Ellos ahora estarían muertos, y él, aunque vivo, pronto se reuniría con ellos.

El tren se detuvo y pronto un grupo de soldado apareció dando gritos y empujando a la gente para que saliera a un descampado donde empezaban a organizarlos en filas. Uno de los soldados, al verlo con ese uniforme, se extrañó, pero enseguida lo agarro de las rasgadas vestiduras y tiró con intención de derribarlo, pero él se agarro del brazo y los dos cayeron al suelo revolviéndose. Un pequeño murmullo se extendió entre los presentes, pero enseguida fue acallado por un tiro al aire y todos siguieron colocándose en filas según les ordenaban. El nazi se levantó y de dos buenas patadas en el estomago se vengó del soldado, que se quedó retorciéndose en el suelo. El nazi se le quedó mirando un

rato más y le grito algo en alemán pero no lo entendió. Un nuevo golpe le hizo comprender que lo que quería era que se levantase y así lo hizo, despacio, con las pocas fuerzas que le quedaban. Se colocó rápido en la fila de condenados para evitar nuevos golpes y represalias.

Cuando llegó su turno un soldado lo miró, y al verlo joven y fuerte, y con el altercado que había ocasionado, decidió mandarlo con la fila que se encargaría de la muerte de todos los demás y que cavaría las fosas comunes donde los enterrarían.

—¡Tú!—le dijo el nazi, con una mezcla de asco, desprecio y cansancio—, por allí!—le dijo señalando a una fila de hombres jóvenes.

Le iba a contestar que tenía un nombre, aunque se tragó sus palabras cuando se dio cuenta de que se podría llevar una tremenda paliza, pero algo le inquietó y le asustó: no recordaba su nombre, no recordaba casi nada, ni donde vivía, ni a su familiar, ni por qué había comenzado esta guerra. Sólo tres ideas claras en la mente: los soldados con esa cruz en el hombro son monstruos asesinos, los pobres desgraciados de su alrededor y él mismo estaban condenados a una muerte horrible, y la tercera idea, que sobresalía más clara que las demás, impulsada por las esperanza y el deseo de vivir: escapar.

Cuando recuerde mi nombre, prometo hacértelo tragar junto con toda tu maldita ideología, le respondió mentalmente.

CAPÍTULO 2: Recuerdos confusos.

Mientras los nazis dirigían al grupo de unos cincuenta o sesenta hombres hacia el campo de concentración, el soldado intentaba buscar en su mente dolorida, más por el daño psíquico de no recordar apenas nada que por los tremendos golpes que le

propinaron. Se fijó en los demás hombres, algunos tenían la mirada perdida, quizás recordando tiempos mejores, otros la tenían fija en el frente, seguros de que su suerte no iba a cambiar y conocedores de su futuro, los más jóvenes miraban a un lado u otro, incluso al cielo, como esperando un milagro, o buscando una vía de escape. Los largos rifles de madera y metal que sostenían los soldados nazis alejaban estas ideas de sus mentes. Luego se fijó en que sus guardias (cuya intención no era precisamente protegerlo) andaban con paso firme, rifle al hombro y dirigiendo el rebaño con la pistola. Si alguien se detenía, o miraba demasiado tiempo a los nazis, inmediatamente se le respondía con un golpe con la culata de la pistola o una patada. No estaba muy seguro, pero creyó ver cómo algunos caían al suelo de puro cansancio y dolor para no volver a levantarse. Su mirada tropezó con la de uno de sus vigilantes, pero en vez de sentir repulsión, desprecio, asco, o alguna otra sensación que le asegurara que era un nazi, se quedó desconcertado al ver un rostro que creía reconocer, algo le decía que conocía a esa persona, a pesar de estar dirigiéndolo directamente al abrazo de la muerte. Retiró la mirada antes de que se diera cuenta y continuó el camino pensativo.

Compartía celda con un puñado de presos más, unos treinta. Desde luego no era acogedora, la suciedad, el mal olor, y el constante ruido de las ratas correteando de un lado para otro le impidieron dormir lo más mínimo. Los constantes gemidos que se oían de otras celdas formaban una especie de cántico infernal que volvería loco a cualquiera. Pero el soldado aliado mantuvo unos nervios de acero. De todas formas aún seguía buscando en sus recuerdos, un nombre, algo que le indicara quién era y eso sí que le estaba volviendo loco.

Por la mañana muy temprano los despertaban de la peor forma que se les ocurría: daban patadas, gritaban, empujaban y disparaban tiros al aire, o al más perezoso. En apenas un par de sorprendentes minutos una fila de hombres salía al descubierto y

era conducida hacia unas extensas praderas cercanas, donde los trabajos de excavación ya habían dado un buen fruto: fosas comunes cubrían una gran extensión y las excavaciones actuales alcanzaban otra enorme extensión. Una pala y el duro trabajo comenzaba, siempre bajo los vigilantes ojos de los nazis. Daba igual que los músculos te gritaran, que tu cabeza te doliera, que sudaras sangre, si parabas un momento a coger aliento, una bala se alojaba en tu cerebro, como bien comprobó. Uno de los presos que estaba a su lado le hacía señales quejándose del trato y él le respondía que qué esperaba de esos animales, y cuando iba a contestarle, un ruido atronador y unas gotas de sangre que salpicaron su cara dejaron bien claro que ya no tenía compañero. El soldado nazi dirigió la pistola ahora hacia él, pero dudó. No disparó. Había algo en sus ojos que le impedía apretar el gatillo. La bala se estrelló contra una roca cerca del soldado aliado.

—La próxima vez no fallaré—le dijo en perfecto inglés.

Enseguida reanudó el trabajo, pero echaba de vez en cuando una mirada para descubrir quién era ese nazi, ya que estaba seguro de que en sus recuerdos encontraría la respuesta.

Por la noche volvieron a encerrarlo en las celdas, de nuevo el cántico de lamentos puso música al grotesco cuadro. Ya no podía soportarlo más. Tormento físico de día, tormento psíquico de noche. Un horror, sencillamente. Unas horas antes del amanecer, la puerta de barrotes se abrió y un guardia entró y se lo llevó casi arrastrándolo. Lo condujo por unos pasillos y entraron en una habitación pequeña. El nazi cerró la puerta y se volvió. Era alto y fuerte, seguramente el entrenamiento militar había cultivado sus músculos con rapidez y eficacia. Debajo de la gorra sólo se podía vislumbrar el brillo de dos ojos que lo miraban con preocupación.

—¡Pero, ¿qué haces aquí?!—exclamó.

CAPÍTULO 3: ¿Quién soy?

El soldado nazi lo miraba esperando una respuesta, pero, ¿qué respuesta quería? ¿Se estaría confundiendo de persona? Y, aún así, ¿tan importante sería para él como para jugarse el cuello de esa forma? Fuera lo que fuera, ese nazi sabía quién era y esperaba una respuesta impaciente.

—¿Quién eres?—le preguntó con una voz firme, pero que servía de velo para ocultar su miedo.

El nazi se quedó pensativo. ¿No lo recordaba? ¿Cómo podía ser? ¿Acaso estuvieron experimentando con él? Le constaba que los científicos nazis experimentaban nuevas formas de matar más rápido y más fácilmente con cobayas humanas, o también buscaban formas de tortura. ¿Sería ésta una de ellas?

—¿No me recuerdas? ¡Soy yo! ¡Gabe Slaveman!—gritó, pero enseguida bajó la voz por miedo a que lo descubrieran. Lo miro fijamente.

—Gabe... lo siento no te recuerdo...—le dijo. No lo recordaba, pero aún así no le gustaba tener una relación con un nazi... aunque ello pudiera salvarlo. Añadió:—¿Cómo me llamo?

—Te llamas Jack Freeman, fuimos vecinos. Yo me mudé a Alemania unos años antes de que comenzara la guerra y tuve que alistarme. Recuerdo que tú te tuviste que quedar allí. ¿Qué ocurrió para que te alistaras? ¿No decías que no te alistarías nunca?

Una nube de recuerdos entró de golpe en su mente, todo empezaba a encajar y como un chasquido, recordó casi treinta años de vida en apenas unos segundos. Su vida, su familia, sus buenos y malos recuerdos, la guerra, todo sobre los nazis y su líder, Hitler. Todo de golpe, como si alguien estuviera empeñado en que recordase y se lo estuviese metiendo todo con un martillo por la oreja.

—Tienes que ayudarme—le dijo después de unos minu-

tos—, ayudarme a escapar. Esto es inhumano.

—Lo sé, pero yo no puedo hacer gran cosa—y añadió con pesar—, me juego el cuello simplemente hablando contigo.

—Y a todo esto, ¿cómo es que luchas en su bando?—le dijo con un enfado claro en sus ojos.

—Ya te lo he dicho, me obligaron, si no, ahora mismo estaría muerto.

—¡Preferiría morir antes que luchar bajo la mano de estos malditos asesinos!—le gritó.

—Baja la voz, estúpido. Si nos pillan, morimos los dos. Te ayudaré a escapar, esta misma noche. Vuelve a tu celda, me ocuparé de dejarte el camino libre, te avisaré cuando puedas salir.

Desde luego, la perspectiva de escapar se hacía de lo más apetecible, pero seguía habiendo una gran desconfianza.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

Gabe le miró a los ojos. ¿Cómo podía seguir desconfiando, a pesar de jugarse el cuello de esa forma sólo por él?

—Te doy mi palabra—le dijo.

—No me sirve la palabra de un nazi—respondió Jack con frialdad.

—No es la palabra de un nazi, es la palabra de un viejo amigo—se miraron unos segundos, seriamente, finalmente habló el viejo amigo—. Venga, te llevaré a tu celda, descansa lo que puedas, porque tendrás que correr mucho. Te dejaré el camino libre. Cuando te abra la celda y te deje fuera deberás correr hasta la verja sur, entre unos matorrales hay un hueco por donde podrás escapar. Te dejaré una mochila con todo lo necesario.

Pasaron las horas, aún quedaba otras pocas para el amanecer, y la oscuridad sería de gran ayuda para su huida. Pero comenzaba a impacientarse ¿Le estarían tomando el pelo?, ¿sería todo una farsa? Pero no. Era todo demasiado descabellado. Los nazis tendrían mejores cosas que hacer que engañar con fal-

sas esperanzas a un pobre preso. Además, recordaba perfectamente a ese Gabe Slaveman. Dos buenos amigos de la infancia luchando por dos hombres cuyas ideas habían entrado en conflicto. ¿Quién sabía si dentro de unos meses, en el caso de que consiguiera escapar, no tendría que matarlo durante una escaramuza? O podría morir él. No. No y no. Entre el cántico infernal, que iba muriendo poco a poco, se hizo una promesa: si lograba escapar, no volvería a luchar en ninguna guerra, nunca más. Volvería con su familia, y se dedicaría a ella enteramente. Si dos salvajes se querían pelear por sus ideales, que lo hicieran ellos mismos. Él no sería esclavo de nadie, ni de los nazis cavando sus fosas, ni de los aliados matando a sus antiguos amigos.

CAPÍTULO 4: La huida

Quedando apenas dos horas para el amanecer, Gabe surgió entre la oscuridad como un fantasma, abrió la puerta de la celda sigilosamente y de dos rápidos movimientos despertó a Jack.

—Yo vuelvo a mi puesto, sal de este edificio lo más deprisa posible, corre hasta la valla sur y busca un grupo de matorrales altos. Buena suerte.

Sin decir ninguna palabra, más porque no tenía nada que decirle que por otra cosa, Jack echó a correr buscando la salida. La había memorizado, pero aún así, le costó bastante encontrarla. Aunque lo peor fue cuando se dio de bruces con un soldado nazi. En un principio pensó que sería Gabe que venía para asegurarse de que lograba escapar, pero unos gritos en alemán y el sonido de una pistola que salía de su vaina para apuntarle al corazón le dieron la respuesta correcta. Juntó las manos y golpeó la mano del nazi a tiempo para que la bala fuera a dar cerca de sus pies, rebotó y, caliente como el fuego, le rozó el tobillo. Se agachó para cubrirse la herida y aprovechó para lanzarse contra la

barriga del nazi, que cayó de espaldas y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Seguro de que no se levantaría en un par de horas. Se apoderó del cuchillo y de la pistola del nazi, y reemprendió su huida. El disparo, que había resonado en todo el edificio, pronto alertó a los guardias y comenzaron a oírse gritos y ordenes en alemán por todas partes. Inseguro de por dónde avanzar, Jack se quedó quieto unos minutos intentando centrarse. El miedo se apoderaba otra vez de él, pero esta vez no huiría como un cobarde. Mantuvo a raya el ataque de pánico. Buscó desesperadamente la salida y dio con ella. El campo de concentración estaba en alerta y de un lado para otro corrían soldados buscándolo a él. Decenas de nazis, *la raza superior*, buscando desesperadamente a un pobre reo que huía con sus últimas fuerzas. Sonrió al ver esto. Una sensación de victoria se apoderó de su cuerpo y mente y, con nuevas fuerzas y oculto entre las sombras, se fue acercando a la valla sur.

El campo de concentración, de una gran extensión, estaba rodeado por la citada valla, que se abría al este para dejar pasar a más y más presos. Al norte, las fosas comunes, en las que se enterraron por cientos a los presos. Enfrente del edificio del cual había salido, se encontraba el edificio donde los nazis descansaban, coronado por una torre con faros y ametralladoras, listas para coser a balazos al primero que intentara huir. Y ahí estaba Jack, pegado a la pared del edificio donde malvivían los reos, agachado y cubierto entre las sombras, intentando salir del ángulo de visión de los faros. Logró acercarse a duras penas a la valla, y entre unos altos matorrales, como le había descrito Gabe, encontró la mochila y la abertura por la que salió apresuradamente. Corrió como un loco por la colina, loco de alegría, pero cuando el atronador ruido de una MG 42 atravesó la noche y decenas de balas comenzaron a destripar los árboles a su alrededor, la alegría de su corazón desapareció para volver a convertirse en auténtico pánico. Disparó con la pistola a ciegas a su espalda, pero

ya daba igual, le habían descubierto, y esto, sumado a su cansancio y a que varias balas le habían atravesado la carne, dieron, por fin, con su descanso después del infierno.



NUNCA ES TARDE PARA RECTIFICAR

ESPERANZA MAQUEDA ROSA
(4º E.S.O.)

2º PREMIO (Modalidad 3º y 4º E.S.O.)

Un día normal como otro cualquiera, mi amiga Eva y yo decidimos ir al parque a dar una vuelta. Cuando fuimos a sentarnos en un banco, nos dimos cuenta de que alguien se había dejado olvidado algo, lo cogimos y vimos que se trataba de un diario. Le dije a mi amiga que no deberíamos leerlo porque era algo personal, pero ella respondió que nadie había vuelto a recogerlo y que por mirar sólo la primera hoja no iba a pasar nada. Sin pensarlo más abrimos el diario y empezamos a leer.

“...Éste ha sido el mejor sábado. He salido con mis amigas y he conocido a un chico guapísimo, se llama Mohamed. Estábamos en un pub y me di cuenta de que un chico estaba mirándome, se acercó y me preguntó mi nombre, nos presentamos y empezamos a hablar. Sin darnos cuenta, se me había echado el tiempo encima. Hacía un rato que había perdido a mis amigas de vista, así que llamé a Carmen para preguntarle por dónde andaban y me dijo que no me moviera de donde estaba, que enseguida venían a por mí.”

Llegó Carmen, me despedí de él y nos fuimos para casa. Por el camino le estuve hablando del chico que había conocido, le dije que me divertí mucho con él y que me había dado su número de teléfono para quedar otro día. Ella me dijo que pasara de él. A mí me extrañó que me dijera eso porque no es propio de ella, pero no creo que tenga importancia. Bueno a ver si quedo otro día con Mohamed, porque no se me va de la cabeza...”

—¡Eva! No leas más—dije mientras le quitaba el diario de las manos.

—¿Por qué no? Vamos a leer sólo un poco más. Parece una historia de amor. ¡Venga!, si no sabemos de quién es, ¿qué más da?

—Bueno, pero sólo un poco más—le contesté volviéndolo a abrir por la mitad.

“... Este día no lo olvidaré nunca. Por fin se ha decidido a pedirme salir. Yo estaba muy nerviosa, parecía como si el corazón se me fuese a salir de un momento a otro, se quedó mirándome a los ojos y empezó a acercarse, poco a poco. Yo miré al suelo porque no podía mantenerle la mirada, pero él me cogió la cara y me dijo:

—Ana, quiero decirte algo. No sé si tú sentirás lo mismo que yo, pero desde que te conocí no hay mañana que no me despierte pensando en ti. Veo tu cara reflejada en los cristales, dibujada en las nubes o esculpida en las paredes. ¿Quieres hacerme el hombre más afortunado del mundo siendo mi novia?

Yo me quedé paralizada por un instante. No había oído nunca nada igual y no sabía qué hacer, ni qué decir y siguiendo un impulso puse mis labios sobre los suyos. Estaba muy nerviosa pero sentí los suaves labios, el calor que desprendían y se me olvidó todo. En ese momento sólo existíamos él y yo.

Seguro que si lo hubiera pensado dos veces no lo habría hecho, pero por suerte no fue así y no me arrepiento...”

—Vamos a pasar unas hojas—me dijo Eva.

—Venga, vale—respondí avanzando unas páginas.

“...llevamos tres meses y todo se nos pone en nuestra contra. Carmen y todos los de la pandilla me dicen que lo deje, que no me conviene. Mi hermana se ha enterado y me ha dicho que si no dejo de verle de aquí a una semana se lo dirá a mi hermano y que él haga lo que tenga que hacer. Yo no quiero dejarlo porque lo único que deseo es estar con él. En el instituto no me concentro porque sólo pienso en que llegue la hora de verlo y no me hago a la idea de que tuviéramos que separarnos...”

Adelantamos un poco más y seguimos leyendo. Ya no nos podíamos quedar así.

“...hoy cumpla 18 años y ha sido el peor día de mi vida. Mohamed ha venido a verme a mi casa, mi hermano ha salido, le ha insultado y se han empezado a pegar. Ha salido mi padre, los ha separado y cogiendo a Mohamed del brazo le ha dicho que, como lo volviera a ver, él mismo le partiría la cara y luego se ha metido dentro. Mohamed se ha acercado a mí, me ha secado las lagrimas y me ha dicho al oído: “No te preocupes”. Luego se ha ido. No quiero que vuelva a suceder esto, él no se lo merece, así que le he escrito una carta diciéndole:

«Eres lo mejor que me ha pasado en esta vida y la mejor persona que he conocido. Cuando estaba contigo tenía ganas de reírme e incluso de llorar de felicidad. Durante este tiempo has sido mi energía, lo que me daba fuerzas para levantarme cada día, lo que me animaba a hacer los deberes y todo lo que no tenía ganas. Tú haces que las cosas malas se transformen en cosas no tan buenas. Por eso no soportaría la idea de que te pasara algo. Creo que es mejor que no nos volvamos a ver, así estaré segura de que no te pasará nada. ¡Quién sabe si algún día encontrarás a alguien que no te traiga tantos problemas y sea mejor que yo! Lo siento y quiero que sepas que nunca te olvidaré.»

Quizás esto sea lo que más me haya dolido. Es la persona que más me importa y, sin embargo, la alejo de mí para siempre.

Seguramente, después de esto no querrá volver a verme, pero me gustaría que fuera feliz y sé que a mi lado nunca lo será. Después le he escrito una nota a Carmen y le he dicho:

«Ya estaréis todos contentos. Lo acabo de dejar, pero no me llaméis ni vengáis a buscarme porque prefiero no estar con amigos así. Mejor sola».

No quiero ver a nadie, ni siquiera a mi hermano o a mi padre. Prefiero no salir de mi cuarto y no tener que cruzarme con ninguno de ellos... ”

—Vamos a leer la última hoja—dije.

“...han pasado quince años y todavía no me he olvidado de él. En cambio, mi hermano está casado y tiene dos niños gemelos de siete años, Luis y Javi, y mi hermana tiene una niña de once, Ana...”

—¡Dejémoslo ya!—dije.

—Pero, Ana, creo que este diario es de tu tía. ¿Qué edad tenía hace quince años?

—Ahora tiene treinta y tres, así que hace quince...tenía dieciocho.

—¿Ves, Ana? Todo encaja. Tú tienes once años, dos primos gemelos de siete...y lo más triste es que tu tía sigue sola.

—No sé por qué hemos empezado a leer el diario. Como mi tía se entere me va a matar.

—Tenemos que contárselo a tu madre para saber si se trata de ella.

—¿Para qué, Eva? Dejemos el diario donde estaba y vayámonos—le dije dejando el diario en el banco.

—Pero, Ana, podemos intentar hacer algo para ayudarle, ¿no crees?

—Bueno, pero déjamelos a mí, que yo me encargo de hablar con mi madre. Ni se te ocurra decirle esto a nadie.

—Claro que no—dijo ella.

Nos levantamos y nos fuimos a nuestras casas. No nos

habíamos dado cuenta pero con eso del diario se nos había pasado la hora. Cuando llegué a casa fui a donde estaba mi madre y le dije:

—Mamá, hoy nos han contado una historia en clase.

—¿De qué iba?—preguntó mi madre.

—De una pareja que nadie quería que estuviesen juntos sin tener en cuenta sus sentimientos aunque ellos se quisieran. No pararon hasta verlos separados y ella no lo olvida. No encuentra a nadie que le llene tanto como aquel chico y, en cambio, todos los que se opusieron a esa relación encontraron la felicidad y formaron una familia. Luego hemos contestados unas preguntas.

—¿Qué preguntas?—dijo mi madre.

—Preguntas como si ha estado bien el comportamiento de los familiares o amigos con la pareja, si hay algo más importante que la felicidad de dos personas... ¿Tú que hubieras respondido, mamá?

—Por supuesto que no está bien como se han comportado con ellos. Aunque tuvieran motivos para querer separarlos, les han hecho daño y eso no cambia nada, Ana.

—Mamá, si piensas así, ¿por qué le hiciste eso a tu propia hermana?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Qué te ha contado tu tía? ¡Se va ha enterar cuando hable con ella!

—¿Qué quieres, hacerle más daño? Déjala ya. Ella no me ha dicho nada. Encontré un diario y lo he leído sin saber que era suyo. Enseguida vi que no me había equivocado y se trataba de mi tía. ¡Qué triste mamá, qué triste!

—Dámelo.

—No, mamá, no lo vas a leer—le dije antes de irme para mi cuarto.

Yo pensé que todo esto no tenía sentido. Tus padres te enseñan a ser justos con las personas y a no hacer daño a nadie.

Entonces, ¿por qué ellos no siguen sus propios consejos? Tal vez se tendrían que oír de vez en cuando a ellos mismos. Seguro que no habría tantos problemas.

Estaba pensando todo eso cuando llego mi madre, se sentó en mi cama y me dijo:

—No sé por qué pero todavía tengo el teléfono de Mohamed. Podríamos llamar a ese número, a ver si saben algo de él.

—Bueno, vamos a ver qué podemos hacer.

Bajamos, cogí el teléfono, marqué el número y esperé a que lo cogieran.

—¿Dígame?—contestó alguien.

—¿Es la casa de Mohamed?—pregunté.

—No, hace muchos años que se fue a vivir a Sevilla. ¿Es importante lo que tenías que hablar con él?

—Puede que sí, hace muchos años lo hubiera sido.

—En ese caso, yo podría darte el número de teléfono que tiene ahora. Soy su tía.

—Sí, si es tan amable, dígamelo que yo lo apunto.

Me dijo el número y antes de que colgara le pregunté:

—¿Podría decirme si está casado o tiene pareja?

—No lo sé. Hasta ayer no.

—Bien, muchas gracias.

Colgué y le dije a mi madre que tenía su nuevo número.

Marcamos de nuevo y alguien contestó:

—Perdone, ¿es usted Mohamed?

—Sí, ¿qué quiere?

—Usted estuvo viviendo en Écija, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Soy la sobrina de Cristina, ¿sabe de quién le estoy hablando?

—Sí, claro, ¿cómo me voy a olvidar de ella?

—Espere un momento, que alguien quiere decirle algo—

le dije pasándole el teléfono a mi madre.

—¿Oiga, sigue ahí?—dijo Mohamed al ver que tardaban en hablar.

—Sí, hola. Soy la hermana de Cristina.

—¿Y qué es lo que quieres ahora? Lo nuestro ya se acabó hace mucho tiempo.

—No, es que...quería decirle que siento mucho lo que pasó.

—¿Y para eso llamas? Te lo podrías haber ahorrado. Lo hecho, hecho está y ahora ya no se puede hacer nada.

—Te equivocas. Todavía puedo hacer algo.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Mohamed con gran interés.

—Mira, mi hermana no a rehecho su vida y por lo que sé, tú tampoco, ¿no?

—Por desgracia es cierto.

—Pues, verás. He pensado que podríais volver a intentarlo. Ahora no hay nadie que se vaya a interponer entre vosotros. Bueno, por lo menos yo no. ¿Qué tal si vienes y hablamos?

—Bueno, podría ir mañana.

Mi madre le dio la dirección, pero Mohamed le hizo una última pregunta.

—¿Qué es lo que ha pasado para que después de tanto tiempo cambies de opinión?

—Me he dado cuenta de que no por ser mayor que otra persona tienes más razón.

Cuando colgó el teléfono le pregunté a mi madre qué había querido decir con eso. Y me respondió que en su momento creyó que sabía más que mi tía por ser mayor que ella y ahora lo había vuelto a pensar conmigo, pero yo le había hecho cambiar de idea.

Al día siguiente llamaron a la puerta y, cuando fui a abrir, un hombre me dijo que era Mohamed y preguntó si estaba mi

madre. Yo le dije que sí y corrí a llamarla. Le dijimos que pasara y empezamos a hablar con él. Mi madre llamó a mi tía y le dijo que si podía venir, que era muy urgente. Al rato llegó y cuál fue su sorpresa al ver que allí se encontraba la persona con la que nunca había dejado de soñar. Mi madre y yo los dejamos a solas para que pudieran hablar.

* * *

Pasó el tiempo y hoy en día están casados y muy bien, por lo que sé. Tuvieron dos niños.

—¿Crees que es justo cómo se portaron con ellos, Jaime?

—No, mamá, pero yo sólo le he dicho negro a ese niño. Tampoco es para tanto.

—Sí que lo es. Parece que no has aprendido nada. Si tú estuvieras en su país y te insultaran, ¿cómo te sentirías?

—Puede que un poco mal, tienes razón. Mañana le pediré perdón.

—Así me gusta, que pienses de vez en cuando. Ahora lávate los dientes y duérmete, que ya es tarde y mañana tienes que hacer muchas cosas.



VIDAS PARALELAS

IRENE ALHAMA GARCÍA

(1º Bachillerato)

1º PREMIO (Modalidad 1º y 2º Bachillerato)

“Todos los pasajeros del autobús han muerto. Un terrorista suicida entró y explotó dentro. Nadie se salvó...”

—¡Noooooooooooo...!

Isaac se despertó sobresaltado. Miró a su alrededor, pero seguía en su cuarto.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Su abuela entró asustada en la habitación.

—Nada, abuela...he tenido una pesadilla.

—¡Maldita sea! ¿Has vuelto a recordar aquello? —Isaac asintió.

Leah lo abrazó y lo besó en la frente. Entonces, Isaac rompió a llorar.

—¿Por qué, abuela? ¿Por qué lo hicieron?

—Son malos, mi niño, y están locos.

Isaac la abrazó más fuerte y de repente paró de llorar.

—¿Ya estás mejor?

—Sí—contestó ausente.

—Venga, pues acuéstate, que aún no te has recuperado y tienes que dormir. Yo vendré dentro de un rato, cuando termine de limpiar.

—Vale. Hasta mañana. —Isaac se echó en la cama.

Leah lo miró un momento. “Suerte que estabas enfermo y no fuiste con tus padres...si no, tú también habrías muerto”. Acarició a Isaac y salió de la habitación en silencio, pero se detuvo en la puerta cuando oyó a su nieto murmurar:

—Algún día los mataré...me vengaré.

* * *

—Papá, creo que los soldados israelíes me han seguido— dijo Naal nada más entrar en casa.

Nafez miró a su hermana mayor. Todos los días, ella y los otros niños iban y venían al colegio con una escolta, para impedir que los israelíes los atacaran. Pero aquel día ella fue sola, ya que se quedó durmiendo.

—¿Que te han seguido? ¿Cómo? ¿Por qué?—le preguntó su padre, muy asustado.

—Bueno, no sé si es mi imaginación...es que me pareció oír sonidos raros detrás de mí, y tuve la sensación de que alguien me seguía...

Jamal la miró y se quedó pensando un rato.

—Por si acaso, mañana no irás al colegio. ¡Nafez! Ve a ver a tu madre, que te está llamando.

—¡Ya voy!

Por la tarde, Nafez salió un rato a jugar con sus amigos, Fares y Ahmed. Los otros niños no querían jugar con ellos porque decían que eran demasiado pequeños, así que siempre iban ellos tres solos.

Aquel día se entretuvieron más de la cuenta y cuando volvían ya era de noche. Nafez iba serio, pensando en la bronca

que le esperaba, cuando Fares le dio un codazo.

—¡Oye, mira! ¿Ésa no es tu casa?

Nafez levantó la vista y lo que vio le dejó horrorizado. ¡Su casa estaba ardiendo! Había soldados israelíes saliendo de ella. Fares y Ahmed se escondieron detrás de un contenedor y lo arrastraron con ellos.

—¡Tengo que entrar a por Naal y mis padres!

—¡No! Te vas a quemar, Nafez. —Fares lo miró muy asustado, mientras que Ahmed forcejeaba con él para sujetarlo detrás del contenedor.

—Al menos, espérate a que se vayan los soldados.

—¿Es ésa tu casa, niño?

Los tres se giraron muertos de miedo, esperando ver a un soldado, pero en su lugar un hombre alto y corpulento, con una cicatriz en un párpado, les devolvió la mirada.

—E-es la mía, señor—dijo Nafez, empezando a llorar.

—No deberías entrar, no creo que haya nada que hacer y además eres muy pequeñ... ¡No, chico!

Demasiado tarde. Los soldados se habían ido y Nafez salió corriendo hacia su casa. Entró protegiéndose la cara.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Naal! —Tocó una pared y se quemó. Entonces algo le golpeó en la cabeza, y cayó al suelo aturdido. Se encogió, pensando que iba a morir, pero entonces unos brazos fuertes lo levantaron y lo sacaron de la casa. Intentó ver a su salvador, pero sólo alcanzó a vislumbrar una cicatriz. Después, oscuridad.

* * *

Isaac se despertó muy temprano. Se levantó y fue al cuarto de baño. Se miró al espejo y un chico alto, moreno y delgado, de unos 18 años, le devolvió la mirada. “Hoy será un gran día”, pensó. Se lavó la cara y fue hacia la cocina, donde estaba su abuela preparando el desayuno.

—Buenos días, abuela. —La besó y se sentó a la mesa.

—Buenos días, Isaac. ¿Cómo estás?

—Mejor que nunca. Por fin seré soldado y me vengaré por todo. En tu nombre y en el mío, por todos estos años. —Isaac sonrió a su abuela.

Leah lo miró triste y con una sonrisa amarga le sirvió el desayuno y se sentó con él.

—Estás demasiado obsesionado, mi niño. Deberías pensar en otras cosas, como los otros chicos. Además, sabes que va a ser duro y que no serás soldado de la noche a la mañana.

—Ya lo sé, abuela, y no estoy obsesionado. Sólo quiero justicia, nada más. Además, sabes que...

—Vale, vale—le cortó Leah—, no quiero discutir, y menos hoy. Venga, come, que no quiero que el primer día llegues tarde. Y arréglate el pelo, por favor.

Isaac comió rápido y, después de vestirse y coger sus cosas, salió por la puerta.

—Abuela, no llores, por favor. Cuando acabe la instrucción vendré a verte. Tampoco es tanto tiempo.

—Te echaré de menos, Isaac. —Le besó y lo abrazó. —Venga, corre y vete ya, que es tarde. ¡Ten cuidado!

—Lo tendré, abuela, no te preocupes. —Isaac sonrió y salió corriendo calle arriba.

* * *

—No, Nafez, aún no es el momento.

—Pero...

—¡Que no! Cuando llegue el día lo sabrás, pero todavía no estás preparado.

Nafez abrió la boca para protestar, pero antes de que pronunciara palabra, Jaled le cortó con un gesto.

—Y no hay más que hablar.

—Está bien...—susurró Nafez, fastidiado.

Jaled se echó a reír y le revolvió el pelo.

—Eres un cabezón...no debería haber dejado que te juntases con Alí... ¡Sois los dos iguales!

—Sí, claro...pero creo que la testarudez la aprendí de otra persona... No sé de quién... —Nafez sonrió.

—¡Serás...!

Nafez salió corriendo, antes de que Jaled lo pillase. Entró en una habitación y salió al pequeño patio, donde instruían a los niños. Se sentó en una escalera y los observó. Hacía ya doce años que Jaled le había salvado de morir quemado, cuando sólo era un crío. Aún recordaba el día en que despertó, en una casa extraña, en una cama que no era la suya y con una mano vendada que le dolía terriblemente. Se levantó muy asustado y allí estaba Jaled, sentado en una escuálida silla, mirándole.

—¿Estás mejor, chico?

—Sí, señor—respondió Nafez, muy serio—. Pero me duele la mano.

—Te la quemaste allí dentro, pero no te preocupes que no es grave. En pocos días la tendrás como nueva. ¿Cómo te llamas?

—Nafez, señor.

—Yo soy Jaled, y a partir de ahora, si tú quieres, vivirás aquí, conmigo y con otros chicos como tú. Sígueme.

Jaled le dio la mano y lo condujo a un pequeño patio, el mismo patio que él estaba mirando ahora. Allí conoció a muchos chicos, chicos que se habían quedado solos en el mundo y no tenían adónde ir. Allí los instruían, y cuando eran mayores y Jaled y los otros adultos consideraban que estaban preparados, se sacrificaban para matar a aquellos locos judíos, en el nombre de Alá.

Cuando llevaba allí una semana, le explicaron que seguramente sus padres y su hermana habrían sido detenidos. Nafez

recordaba la sensación que le embargó cuando por primera vez sintió odio, un odio inmenso hacia aquellas personas que, sin ninguna razón, lo habían dejado solo. Así que creció allí, instruido personalmente por Jaled, que parecía tenerle un afecto especial, y aprendió a leer y a escribir, para recitar bien los versos del Corán.

El problema ahora era que Nafez ya se sentía preparado y quería vengarse. Quería hacerlo cuanto antes. Pero Jaled le decía una y otra vez que no, que no estaba preparado aún, que esperara. Y a Nafez no le quedaba otra cosa que hacer, así que pasaba allí los días, esperando con ansias el momento en que, por fin, les haría pagar a aquellos locos todo lo que le habían hecho. Y con intereses...

* * *

La instrucción fue dura, bastante dura, pero Isaac sólo podía pensar en el momento en el que se convertiría en soldado, y la superó sin problemas. Siempre era el primero en hacer todo lo que le exigían. Se levantaba puntualmente desde el primer día, y la primera vez que cogió un arma también fue el primero en montarla, desmontarla y en aprender a disparar correctamente y con precisión. Los jefes estaban sorprendidos por su gran capacidad e impecable comportamiento, así que no tardó en conseguir su objetivo.

El día en que lo nombraron soldado fue a su casa, casi corriendo, a ver a su abuela. Llamó a la puerta varias veces. Cuando Leah abrió, se quedó de piedra.

—¡Isaac! ¡Has vuelto! —Se echó en sus brazos. —¡Pero qué grande estás! Parece mentira que hayas crecido tanto en tan poco tiempo... y qué bien te sienta el uniforme... Pero pasa, pasa, vamos para adentro.

—¡Abuela, me nombraron soldado muy rápido! Dicen que

soy de lo mejor que ha pasado por allí en mucho tiempo. ¿Y sabes qué? Mañana ya me envían al paso fronterizo. ¡Por fin, abuela! Lo he conseguido.

Leah le sonrió.

—Sabía que lo harías, pero...ten cuidado...

—Que sí, abuela. —Isaac le dio un beso en la frente. —
Oye...¿me pones de comer?

Leah se echó a reír.

—Claro, Isaac. La comida allí debe estar malísima...

* * *

—Nafez, ven.

Nafez miró extrañado a Jaled. Hacía tiempo que no lo miraba de aquella manera...

—Dime, ¿qué pasa, Jaled?

—Verás, he estado hablando con los otros sobre ti y—lo miró a los ojos—hemos decidido que ya estás preparado.

—¿De veras?— Nafez sonrió.

—Sí, en serio. Eres un chico muy valiente, por eso siempre pensé que eres especial y estoy orgulloso de ti. Creo que tienes derecho a consagrarte, a hacerlo en el nombre de Alá.

—Y a vengarme...

—Sí, Nafez—Jaled le pasó un brazo por los hombros—, a vengarte. A vengarnos...

* * *

Isaac salió de la caseta. Normalmente no había mucha actividad en el puesto de control, apenas algún coche y alguna que otra furgoneta. Pero hoy se celebraba una fiesta en una de las granjas, y en aquel momento había un autobús de colonos esperando para pasar. Mientras algunos soldados entraban a inspec-

cionarlo, él salió un momento. Estaba bordeando la caseta cuando oyó pisadas. Alzó su UZI y avanzó. Otro en su lugar se habría puesto nervioso, pero él no.

—¿Quién hay ahí?

* * *

Nafez ya se acercaba al puesto de control. Aquella mañana le habían dado las instrucciones para que todo saliese bien. Debía ir entre los arbustos e intentar colarse por detrás de la caseta. Jaled le dijo que fuera allí porque aquel día pasarían varios autobuses que llevaban a los colonos a una fiesta que se celebraba en uno de los asentamientos judíos. Cuando parara algún autobús Nafez saldría corriendo y, antes de que pudieran reaccionar, lo haría. Llevaba una pequeña cuerda que activaba el dispositivo que tenía alrededor, hábilmente camuflado entre la ropa.

Se acercó a la caseta y vio un autobús esperando para pasar. “Esta es la mía”. Estaba bordeando la caseta sigilosamente cuando algo se movió cerca de él. Intentó esconderse, pero ya era demasiado tarde.

—¿Quién hay ahí?—dijo una voz.

* * *

Era un chico palestino, moreno, alto y fuerte. Tendría más o menos su edad. “¿Y éste qué hace aquí?”, se preguntó Isaac. Entonces lo vio. Un bulto extraño en su pecho. Abrió mucho los ojos. “¡Es uno de ellos! ¡Uno de esos locos que mataron a mis padres! ¡Te vas a enterar, pedazo de...!” Iba a apretar el gatillo cuando le miró a los ojos. Inexplicablemente, algo le impidió disparar.

* * *

Nafez observó al chico que le apuntaba con una UZI. Era más o menos de su altura, moreno y muy delgado. Parecía mayor, pero su cara delataba que no tenía más de 18 o 19 años. Entonces reparó en su uniforme y sintió cómo el odio le subía hasta la garganta. “Soldado israelí...como los que quemaron mi casa y me dejaron solo... ¡Te voy a...!” Ya no importaban las órdenes, además estaba cerca del autobús, seguramente llegaría la explosión... Buscó la cuerda con la mano. Iba a tirar de ella cuando miró a los ojos del chico. Un pensamiento repentino le vino a la cabeza: “Se parece a mí...” No sabía por qué, pero... no podía tirar de la cuerda...

* * *

Isaac sintió algo extraño. Estaba allí, delante de uno de ellos, era lo que siempre había querido, vengarse, matarlo, pero no sabía qué le pasaba. Aquel chico se parecía muchísimo a él. “¿Y qué?”, pensó. Pero no podía. En sus ojos vio sufrimiento, horror, lo mismo que veía en los suyos cuando se miraba al espejo. Pensó, por primera vez, que toda aquella guerra, aquellos enfrentamientos, eran...

* * *

...una tontería, que no era necesario. ¿Para qué tanto dolor y tanto sufrimiento? Sintió el impulso de quitarse las bombas e irse de allí, de hacer algo para impedir aquella guerra...

* * *

...de intentar parar aquella estupidez. Podían convivir perfectamente, él lo sabía. Quería ser un chico normal, y quería

que los otros chicos pudieran serlo. Iba a tirar el arma, iba a abrazar a aquel chico e iba a irse a su casa.

* * *

Pero entonces le vino a la cabeza la casa ardiendo, las noches sin dormir, su instrucción, la mirada orgullosa de Jaled cuando se había despedido de él. Su deber.

* * *

Pero entonces le vino a la cabeza aquel día, sus padres muertos, las pesadillas de niño, cuando su abuela lloraba amargamente creyendo que él dormía. La razón por la que era soldado.

* * *

El odio,

* * *

la venganza.

* * *

Miró una vez más a los ojos del palestino,

* * *

y se vio reflejado en ellos.

* * *

Y entonces...

* * *

Isaac apretó el gatillo.

* * *

Nafez tiró de la cuerda.

* * *

“Buenos días. Les ofrecemos una noticia de última hora. Hoy, en un paso fronterizo, ha tenido lugar una gran explosión al paso de un autobús. Sólo han resultado muertas dos personas: el terrorista y un soldado que intentó detenerlo. En cuanto a los pasajeros del autobús...”



CARTAS DESDE Y PARA EL ALMA

**ELISA ÁNGELA
BALMASEDA MÁRQUEZ**
(1º Bachillerato)

2º PREMIO (Modalidad 1º y 2º Bachillerato)

A Sus Majestades los Reyes Magos:

Soy Luna y tengo ocho años. Os escribo esta carta porque mi papá me ha dicho que os la tiene que dar.

Este año me he portado regular porque una vez me pegué con una niña de mi clase, aunque después le pedí perdón. Pero ya no le pegué más.

Esta vez no quiero ni juguetes ni peluches, sino que me traigáis a mi hermano Alejandro o, si no, que cuidéis de él. Porque ya no está con nosotros. Papá dice que está en el cielo, que se ha convertido en una estrella. Pero yo no lo entiendo porque lo vi un día por la mañana y al salir del cole no vino a recogerme, vino mi tita. Yo le pregunté por mi hermano y me dijo que estaba malito. Yo quería verlo pero al llegar a casa de mi tita no me decían nada. Allí todos lloraban. Así estuve dos días y sin ver a mis papis, pero al final vinieron a recogerme. Mis papás también lloraban y me dijeron que Alejandro se había puesto malito y que al final le salieron alas y subió al cielo para convertirse en una estrella. Yo me puse triste porque sabía que él podía verme pero yo a él no. Cuando volví al cole, mi amiga María me dijo que su mamá le había dicho que Alejandro había muerto cuando iba en un tren. Y

por eso me pegué con ella, porque yo le dije que eso era mentira, que no había muerto, que ahora era una estrella.

Por favor, este año prometo que seré buena, de verdad, pero quiero ver a Alejandro, que lo echo de menos. Y mis papis están raros, lloran mucho y están tristes y yo también estoy triste, porque quiero tener a Alejandro cerca.

Os dejaré galletas y leche, pero traedme a Alejandro.

Un beso fuerte de Luna.

* * *

Mi muy estimado Eduardo:

Estoy muy emocionada por haber recibido tu carta. Eres todo un encanto. Me hace muy feliz tener noticias tuyas y que te sigas preocupando por mí.

Aquí todo sigue igual. La familia sigue afectada, aunque parece que algunos levantan cabeza. Por ejemplo, Luis se ha echado novia. Se llama Anabel y es muy guapa y simpática. Tus demás hermanos intentan seguir adelante con sus familias. Yo estoy bien o al menos eso parece. Visito todos los días la tumba de tu padre; siempre tiene flores. A veces me parece oír su voz en el piso, pero pronto desaparece. No me encuentro sola porque siempre hay gente aquí: o tus hermanos, o tus sobrinos, o tus tías... En cambio, echo de menos a tu padre. Ya sabes, dicen que no hay mayor soledad que la que se siente cuando se está rodeado de gente pero echas de menos a la persona que quieres. Intento aparentar que estoy bien; no les gustaría verme triste.

La portavoz de la Asociación ya ha comparecido en la Comisión y la respuesta de los políticos ha sido inmediata: han dimitido cuatro personas del gobierno anterior. Pero, ¿de qué sirve ya? De nada, o tal vez para que no se vuelva a repetir una catástrofe así. Nos han prometido que encontrarán a los *peces gordos* de este crimen. Pero ya sabes; promesas, promesas...

Como sabes, también nos prometieron ayuda psicológica, pero nos la retiraron al mes y medio... Si no fuera por la familia, no sé qué sería de mí; a mis 67 años, con mi marido asesinado por un acto terrorista y yo sin ayuda de expertos....

Bueno, te deseo suerte para los exámenes, aunque sé que no la necesitarás porque ésta es para los que no estudian y no es tu caso. Pronto empezarás las prácticas, ¿no? Ya verás como ya mismo te conviertes en un gran médico.

Escríbeme pronto. Besos y abrazos de tu madre y hermanos.

Lucía.

* * *

¡Hola mamá! Te escribo esta carta aunque no hayas podido conocerme ni yo a ti debido a que nunca llegué a nacer. Ansiaba conocerte y agradecerte el haber crecido dentro de ti, pero no pudo ser. Perdí la vida la mañana del 11 de marzo en una fatídica masacre terrorista. Tú no moriste pero lo que albergabas en tu vientre sí. Sé que sufriste, que lloraste, que gritaste, pero no pude volver a la vida. Los médicos decían que tras haber salido despedida (debido a la explosión) el feto había muerto porque caíste bocabajo. No te culpo, mami, porque estuve junto a ti los siete primeros meses de mi corta vida y tú fuiste mi creadora, mi alimento; tú lo fuiste todo para mí. No estés triste porque ya no esté junto a ti, porque puedo observarte y hacer que me sientas cerca de ti. Pero, porfa, mami, haz lo posible para que no se vuelva a repetir, que nadie muera, que nadie pase lo que pasaste tú, que nadie sufra como tú, porque nadie merece esto. Y menos tú, que fuiste la que me mostró el camino (en mi caso, corto) de la vida. ¿Y por qué hacen esto los terroristas, mami? Sólo consiguen matar a seres humanos y destrozarnos familias, porque nosotros estuvimos a un paso de formar una. Pero no llores, mamá. En fin, como

todo, llegó el final de esta carta. Pero no me voy definitivamente sin antes decirte cuánto te he querido y lo agradecido que estoy aún por todo lo que hiciste por mí. Gracias, mami, no te desanimas y sigue luchando para que no vuelva a ocurrir.

Te quiero, mamá.

* * *

Erica, que siempre había dicho que las casualidades no existían, ahora afirmaba rotundamente que su vida era un conjunto de casualidades unidas. Lo que todavía no había descubierto era la misión que tenía que cumplir....

* * *

Eran las 10 de la mañana cuando se despertó.

—¡Mierda, mierda! ¡Que no ha sonado el despertador!

Dio un salto de la cama y fue corriendo al baño. En el espejo la esperaba el reflejo de una mujer de treinta años, con cara de resaca, de manos delicadas y finas y pelo castaño y alborotado.

—Tantos excesos en días laborables...—le decía a su perro Aristóteles mientras éste corría tras ella.

Muy tarde se había ido a la cama la noche anterior siendo miércoles, pero no podía resistirse a tomar una copa más con sus amigos en aquel pub.

Mientras se vestía a toda prisa, puso la radio como de costumbre para mantenerse al día de este caótico mundo. Pero lo que oyó aquella mañana de jueves no fue lo que esperaba oír, ya por costumbre. Blanca como la fría nieve, Erica dejó de vestirse. Se sentó en la cama e intentó ordenar sus pensamientos. Aristóteles debió de percatarse de su pálida cara, pues se subió a su regazo como muestra de cariño. “...*Explosión de un tren en Atocha...*”;

“... varios trenes de cercanías a eso de las 7.30 han explotado... ”,
“...se ven cadáveres en los andenes pero se desconoce el número de fallecidos... ”, *“...no se saben las causas de la explosión... ”*. Este mar de frases daba vueltas en su cabeza pero no tenía sentido; no podía ser. No podía ser verdad. Ella tenía que coger ese tren y, según parece, iba a morir, pero estaba viva por culpa (o no) del despertador... Encendió el móvil. Cuatro mensajes con cuatro llamadas perdidas. Su familia y amigos la habían llamado. Los llamó para tranquilizarlos. Apenas le salían las palabras pero pudo pronunciar sonidos que quien estaba al otro lado del teléfono entendió como palabras. Todos estaban confusos, pero se alegraban de oírla, o al menos de oír sonidos procedentes de su boca.

Cuando colgó, siguió tirada en la cama, sin saber qué hacer o decir. Aristóteles le lamía la cara. Ella empezó a acariciarlo y, como si un haz de energía la hubiera atravesado, se incorporó y comenzó a vestirse. “Tengo que ir allí; necesito saber qué ha pasado realmente”. Se vistió como mejor supo en aquel momento, apagó la radio y salió corriendo hacia el coche. Ni que decir tiene que las calles estaban colapsadas; las calles de Madrid estaban atestadas de coches siempre, era como si sus conductores fueran almas errantes que no tuvieran nada mejor que hacer. Llegó más rápido de lo que esperaba a Atocha y aquello fue como entrar en el infierno. Evidentemente, toda la zona estaba rodeada por un cordón policial pero se podía ver lo que éstos querían ocultar. Cadáveres tirados en el suelo, un tren partido por la mitad, personas vivas sentadas en bancos con la cara llena de sangre, el cuerpo de un bebé de no más de cinco o siete meses encima de una camilla... La gente corría alrededor de Erica. Enfermeros, policías, médicos, personas de a pie. Pero ella vivía esto como un sueño, como si ella fuera una persona ajena a la escena, una visitante que no tenía nada que ver con lo que allí ocurría; estaba ausente.

No sabía cuánto tiempo había estado contemplando aquel

infierno en miniatura, pero despertó cuando un médico le preguntó si necesitaba ayuda.

—No, gracias—contestó con voz quebrada.

El médico, con la cara sudada, le contestó con una pequeña sonrisa. Pequeña sonrisa que provocó lágrimas en Erica.

—Perdona, ¿podría ayudar en algo? Me siento inútil aquí sin hacer nada—preguntó una Erica más viva que nunca al médico de la cara sudada.

—Ayúdenos a transportar camillas hasta la ambulancia.

—De acuerdo. Pero, ¿qué ha pasado aquí?

—Aún no lo sabemos, señorita. Un tren ha explotado y ya ve cómo ha quedado esto. Una catástrofe.

“Sí, ya veo, ya siento, ya oigo...”. Ayudó a llevar no sabía cuántas camillas con personas de todo tipo. Por lo visto, no había misericordia para nadie. Ancianos, bebés, mujeres embarazadas, hombres, adolescentes. Vivos o muertos; la frontera ahora era muy fácil de traspasar. Más personas como ella ayudaban también a policías y a sanitarios con los heridos o fallecidos.

Cuando ya las fuerzas flaqueaban, tanto físicas como psíquicas, a eso de las tres o las cuatro de la tarde, decidió salir del Infierno para comer algo. Seguían sin saber nada. ¿Una bomba? ¿De quién? ¿Por qué? ¿Atentado? ¿Un problema del tren? Muchas preguntas sin respuesta para todo el tiempo que había transcurrido. Comió unas galletas que tenía en el coche; de esas que comes un día con ganas pero que después dejas el paquete en cualquier hueco del coche. Intentó seguir con su tarea, pero cuando quiso volver ya no la dejaron entrar porque un policía le dijo que ya había suficientes voluntarios. Aunque resultaba una paradoja, el hecho de ayudar a gente herida le permitía no pensar en el porqué de su salvación. Por muy buena suerte que pareciese a primera vista, no dejaba de ser un problema para ella... Quizás debería haber muerto allí, pero estaba viva... Bueno, aquél sería un tema del que se ocuparía más tarde, ahora tenía que volver a

su apartamento. Esta vez tardó más en llegar allí; había más coches aún. Al abrir la puerta, Aristóteles le saludó cordialmente meneando su pequeña cola. Eran las seis y media o las siete. Todas las cadenas hablaban de lo mismo: *Atentado en Atocha*. Se hablaba de unos cien muertos. “¡Ajam! Había sido un atentado...” Por lo visto, de un grupo islámico. “¡No me jodas!”, pensó Erica, “¡hoy hace seis meses del 11 de septiembre, joder!” Esto ya era irreal; fechas parecidas, muchos muertos, ella viva... Muchas casualidades... Tras una ducha casi fría siguió en la cama pensando en aquella tragedia y en la cantidad de casualidades que rondaban cerca de ella.

Por la mañana, decidió hacer una visita al hospital donde se encontraban los heridos. No sabía por qué, ya que no tenía necesidad de volver a pasarlo mal viendo a gente en estado deplorable, pero tenía la necesidad de estar con aquellas personas, de sentirlas cercas.

Allí dio paseos por la UCI y por observación. No era sino el trastero del infierno. Dentro de las habitaciones había personas con la cara vendada o con brazos amputados, pero en los pasillos no era mucho mejor: las camillas se agolpaban al no haber más habitaciones libres; gente llorando o con la mirada perdida...

Ajena al tráfico, Erica volvió a casa y siguió en la cama. Ahora su vida entraría en una fase oscura de la que, quizás, no habría regreso.

Siguiendo esta rutina, pasó varias semanas. Era algo sistemático: se levantaba, iba a ver a los heridos al hospital y volvía a casa. Estaba metida en un pozo oscuro del que no podía salir. Estaba obsesionada con aquella tragedia, con aquellos afectados, con la idea de la suerte que le había acompañado aquel maldito jueves...

Una de las mañanas en la que acudió al hospital sintió una bofetada de ésas que te da la realidad, la vida (o ambas), para

que sepas que estás aquí por alguna razón, para valorar tu existencia, para que no la dejes pasar y para que le hagas frente. Un bebé huérfano (porque sus padres habían muerto en aquel abuso de las conciencias de la sociedad), un bebé con el que Erica se había encariñado, había muerto, pues su pequeño cuerpo no había soportado las grandes quemaduras y magulladuras. Por primera vez en todo ese tiempo, Erica se fue para su casa llorando. Pensó que no podía seguir así, que no podía seguir impassible ante tal catástrofe. Ahora se sentía culpable por haber vivido en una especie de sueño durante todo ese tiempo, por haber dejado que su vida o, mejor dicho, la vida del pequeño bebé se fuese, como se marcha la niebla matutina para dejar salir el sol o para que llegue la lluvia...y esta vez apareció la lluvia... Decidió que tenía que hacer algo, que aquello no se podía repetir, y pensó que lo mejor que sabía hacer era escribir. De modo que, después de pensar en cómo mover las conciencias del mundo en general, pensó en redactar varias cartas para enviarlas a los distintos organismos responsables de aquel crimen. Pasó la noche en vela y logró escribir una treintena de cartas. Estaba orgullosa de sus escritos.

Muy de mañana, salió a la calle para hacerse con las direcciones a las que mandar las cartas. Esta vez sentía el aire fresco en su cara; sentía que el mundo le apoyaba en su propósito. Al llegar a casa escribió los sobres con las direcciones y en el remitente puso: *Cartas desde y para el alma*. No tardó en enviar las cartas propiamente dichas.

Pasaron meses hasta que obtuvo respuesta por parte de las personas responsables pero, sorprendentemente, las obtuvo. Sus cartas fueron publicadas en distintos periódicos y revistas, pero lo más importante fue que tuvieron éxito (y no sólo el famoseo superficial): hubieron dimisiones por parte del gobierno, cartas en las que agradecían los escritos de Erica. Pero también cartas que regresaron sin ser abiertas. Por desgracia, existía

un gran número de personas que seguían escondiéndose, negando lo evidente, o culpando a otros de sus propios errores. Pero la satisfacción que obtuvo Erica fue mucho mayor que todo aquello: se sintió libre de ese gran pesar llamado *pasividad*. Y, como dice el maestro Sabina, *la vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido...*



EL SALVADOR DE ALMAS

**ALMUDENA TRILLO LADRÓN
DE GUEVARA**
(1º Bachillerato)

ACCÉSIT (Modalidad 1º y 2º Bachillerato)

Y poniéndose el sol en su cenit, la brisa ardiente del sur lo tocó. Intentaba no pensar en nada, pero los fuertes demonios de su interior la hacían caer en un tormentoso llanto de culpabilidad que la llevaba a pensar en la muerte como única salida. A lo lejos oyó su nombre y ella, con lágrimas en la cara, volvió la cabeza rápidamente pues la voz le resultaba familiar.

—Menos mal que te encuentro, llevo toda la mañana buscándote.

Y mirándola a la cara, él se dio cuenta de que estaba completamente mojada en lágrimas.

—¿A que vienen esas lágrimas? —Juan, extrañado, la abrazó rápidamente y se sentó a su lado esperando una respuesta. Entre sollozos, a María le salió un hilo de voz.

—Dame alas.

—¿Que te de qué?, ¿alas? ¿Se puede saber qué dices?

—Necesito volar lejos.

Y al ver la idiotez que había dicho, entre lágrimas se le escapó una sonrisa.

—Olvídalo, nunca me entenderías...

—María, un día de estos me vuelves loco ¿Por qué no has ido al trabajo hoy? Rosario me ha dicho que no has ido en todo el día, me tenías preocupado.

—He ido al médico.

—¿Al médico?

—Me ha dicho...que espero un niño.

Al ver la cara de disgusto de ella, Juan la volvió a abrazar.

—¡Es maravilloso!

—¿Cómo puedes alegrarte? ¿No te das cuenta de que no tenemos apenas dinero para nosotros? ¿Cómo vamos a alimentarlo? Estoy pensando en abortar, no podremos darle todo lo que necesita. Piensa que será lo mejor.

—Seguro que hay otra solución, por favor, vamos a pensar en algo.

La contestación de ella fue un beso en la mejilla y a continuación se levantó del banco llevándose tras de ella pensamientos que la hacían caer en un torbellino de amargura.

Andando y andando se vio en la playa como si sus piernas solas la hubieran llevado hasta allí, ya que su cabeza en aquellos momentos se encontraba en otra parte.

Una ola le rodeó los tobillos suavemente y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo desde los pies hasta el cuello, que estaba girando para mirar hacia un velero que dibujaba un bonito cuadro de verano.

“Necesito escapar, no puedo hacerle esto a Juan”, pensó. “Él lo ha dado todo por mí y, si ahora nace esta criatura, nuestra vida cambiará para peor por completo. ¡Dios, dame una respuesta!”

María estaba completamente desorientada y, mirando hacia el horizonte, una lágrima le recorrió la mejilla hasta la comisura de los labios. Decidió volver a casa antes de que anocheciera.

Los pasos que daba eran lentos y sin fuerzas. Anduvo por

toda la ciudad. María vivía en un pueblo de México, de no más de mil habitantes, dónde se conocían todos. Mientras caminaba pensaba sólo en el hijo que esperaba y en una solución rápida. A los treinta minutos de salir de la playa llegó a su casa.

—Hola...lo siento.

—Por favor, María, no vuelvas a irte así, sin yo saber nada de ti en toda la tarde. Ya he pensado la solución. Creo que no encontraremos nada mejor.

—¿Cuál es esa solución, amor?

—Lo que voy a hacer—dijo Juan—es cruzar la frontera para ir hasta el viejo Chicago donde trabajaré duro y, cuando tenga medios económicos suficientes, vendré a por ti y a por nuestro niño. Sé que es difícil pensarlo así en frío, pero es una solución acertada, ¿no crees?

A María no le salían las palabras y entre sollozos y gestos de dolor le suplicó que no lo hiciera.

—Por favor, Juan, dime que no hablas en serio, ¡dímelo! ¿Cómo puedes dejarme aquí, así? No me quieres ¿verdad?

—No digas tonterías. Si hay alguien en el mundo que me hace el más feliz y el más afortunado, ésa eres tú, mi amor. Pero debo partir y buscar una vida mejor, una vida donde tú y yo seamos reyes y nuestro niño un príncipe, donde las cosas nos vayan bien, donde haya dinero y poca miseria. Te lo juro, María. Pronto regresare y te llevaré a ese lugar.

—¡Eso no existe y tú lo sabes! No te vayas, por favor...— las lágrimas brotaban de sus ojos como tormenta de verano, casi ni podía respirar y el alma se le encogía poco a poco.

—Mañana saldré temprano, al alba, y los dioses me acompañarán durante el camino. Al llegar al monte Saldreña debo encontrar una cabaña donde un coyote me ayudará a cruzar la frontera. Cariño, no te preocupes, ese hombre es legal y no me hará daño. Quédate tranquila y espera mi regreso.

—Me siento morir, Juan. El alma me pesa y el corazón

me abandona. No quiero que el hijo que esperamos se quede huérfano antes de nacer.

—La vida es sabia y sabrá cuidar de mí. Sabe que tengo que criar un hijo y no consentirá que me pase nada.

—Juan, eres muy inocente. La vida no sabe nada y menos de nosotros. Mira a tu alrededor, ¿ves que la vida se haya acordado de nosotros en algún momento? ¿Tú lo ves? Porque yo no, Juan, yo no. Sólo veo muebles viejos y cuatro platos. No veo nada más. ¿Tú ves algo más? ¡Juan, contesta!

—Veo nuestro hogar; el lugar donde tantas veces nos hemos reído, hemos llorado, donde te he besado y donde te he dado mi vida. Creo que veo algo más que tú, lo siento. El color de las cosas depende según con el ojo que lo mires. Creo que hoy las lágrimas no te dejan ver nada.

—Será eso, pero sólo te pido una cosa: no me dejes sola en el mundo y menos en éste. ¿Me lo prometes?

—Claro, mi amor. Te prometo que esa sonrisa tuya la tengo que volver a ver. — Y mirándola a los ojos le dio un beso en la mejilla—. Vamos, amor, a la cama. Mañana me espera un largo día.

Al día siguiente Juan se levantó temprano y despertó suavemente a María acariciándole la mejilla.

—Cariño, es la hora. Debo partir ahora, me espera un día duro de largo viaje.

Al ver que María se giraba hacia el otro lado de la cama en señal de sueño, Juan bordeó la cama hasta llegar a ella de nuevo. María, por favor, despierta. Me tengo que ir, de verdad.

—Uhhhm. ¿Qué hora es?

—Son las siete y me marcho ya.

—¿Tan temprano? —Y haciendo un esfuerzo se incorporó—. Acuérdate de lo que me prometiste, que volverías a por mí, a por el niño, y nos llevarías a ese lugar del que me hablaste.

—Por supuesto, amor, y lo cumpliré. Adiós. Te quiero.

—Yo también te quiero. Vuelve pronto y cuídate mucho.

En aquellos momentos sintió cómo él la dejaba sola en un mundo sin sentido. Vio cómo Juan se marchaba por la puerta y la dejaba atrás, como sucedía en la mayoría de sus pesadillas. Quiso pensar que se trataba de eso, de una amarga pesadilla, pero pronto se dio cuenta de que no era así, sino toda la pura verdad.

Pasaron las horas y María se encontraba intranquila desde que Juan saliera por la puerta. Mientras tanto, Juan hacía *auto-stop* de coche en coche hasta llegar al norte de México, cruzando valles y montes muy decidido y lleno de fe. Subió montañas y bajó hacía las llanuras y descansaba por la noche en el lugar donde se veía más a salvo.

Después del duro viaje que duró tres días con sus respectivas noches, Juan vio a lo lejos una cabaña y pensó que aquella podría ser la cabaña de la que le había hablado aquel viejo en la cantina, el cual le afirmó que en ella vivía un coyote con buena fama de pasar a los más desgraciados por la frontera. Juan no se consideraba desgraciado, sino todo lo contrario. Se consideraba el hombre con más suerte sobre la faz de la tierra, pues tenía una mujer que lo amaba con locura, un niño de camino que iba a adorar y una vida llena de amor y felicidad.

Juan, decidido, tomó aire y se encaminó con paso firme hacia la cabaña. Miraba hacia el horizonte rojizo de una tarde larga y se tranquilizaba pensando en el futuro perfecto que le esperaba. Pensaba en la familia que le aguardaba a la llegada de su viaje y sonreía al futuro y a su suerte.

Llegó a la puerta de la cabaña y suspiró antes de llamar. Seguidamente alargó la mano hacia la puerta y la golpeó un par de veces. De ella salía un mal olor que se mezclaba con el olor a pinos de la sierra. Juan empezó a sospechar que el viaje lo había hecho en vano y cuando se dirigía de nuevo a llamar escuchó cómo alguien descorría un pestillo por dentro.

—¿Quién eres y qué quieres?—preguntó una voz grave y

con ojos de no haber dormido en una semana a través de una cadena que no permitía abrir la puerta desde fuera.

—Hola, me llamo Juan Mendoza y venía para que me ayudara a cruzar la frontera.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué? Lo siento pero te has equivocado de hombre.

—No puede ser, he seguido todas las indicaciones que me dieron. Usted debe ser Fernández, conocido como *El Salvador de almas*, ¿verdad? Dígame que sí, por favor.

—Sí, ése soy yo. ¿De cuánto dinero dispones?

—Tengo cuatrocientos. ¿Le basta con esa cantidad?

—Está justo, pero te haré un favor. Me has caído bien, anda pasa.

A Juan, asustado por el momento que estaba pasando, le empezaron a temblar las manos, pero su pensamiento firme en María le hacía tranquilizarse.

—Y bien, ¿quién te dio mi nombre?

—Señor, me lo dio un viejo amigo en una cantina cuando le comenté mi problema y él, para ayudarme, vio conveniente mandarme a usted.

—¿Y se puede saber cuál es ese problema del que hablas? ¿O vas a esperar a que lo adivine yo solo con mis dotes adivinatorias?

El tono de aquel hombre hizo que Juan se sintiera lejos de casa y añorara a su gente y el calor del tono de la amistad.

—Mire usted, es que yo quiero cruzar hasta el viejo Chicago. Mire—y sacó una foto de su cartera roída por el tiempo—: ésta es mi mujer. Se llama María y esperamos un hijo. El caso es que no tenemos suficientes medios para cuidar de él y he venido para ver si usted sería tan amable de pasarme por la frontera para poder darle una vida digna como la que se merece.

—Y me has dicho que tienes cuatrocientos, ¿verdad?

—Si señor, cuatrocientos.

—Bien, esta tarde llevo a una familia entera hacia la frontera. Tú vendrás con ellos.

—Gracias, quiero que sepa que le debo la vida

—No te preocupes, muchacho, ahora descansa. Me imagino que ha sido un viaje duro.

Y dejó a Juan solo señalándole un sofá. El coyote salió afuera y no entró hasta transcurridas dos horas, que Juan pasó durmiendo.

—Vamos, dormilón. Aún no ha pasado todo, así que levanta.

Cuando salió a la puerta vio a una familia de indígenas sonrientes pero con dolor en los ojos. Las sonrisas las tenían truncadas por el destino y Juan les devolvió la sonrisa. Se montaron todos en la furgoneta y nadie intercambió una palabra. La madre llevaba un bebé pequeño entre sus brazos y le hacía caricias en la cara.

—¿Cuántos meses tiene?—se dignó a romper el hielo Juan.

—Cuatro, señor, cuatro meses.

Parecía como si su lenguaje fuera distinto y no vocalizaba bien. Juan intentaba mirar por la ventanilla, pero una sábana opaca se lo impedía. En la furgoneta había un olor desagradable, aquella familia tenía aspecto de no haberse duchado en días y, lo que era peor, sus ropas estaban sucias y manchadas de comida y grasa por todas partes. Pero a ellos parecía no importarles y seguían sonriendo. De repente la furgoneta dio un frenazo que provocó que todos cayeran encima unos de otros.

—¡Abajo! ¡Vamos!—grito el coyote—. ¡Vamos! ¿No me oyen? Juan no sabía qué pasaba, pero se bajó rápidamente de la furgoneta y la familia de indígenas después de él. El bebé lloraba desconsoladamente y la madre lo mecía a un ritmo acelerado y le susurraba algo al oído. La tragedia vino cuando el coyote sacó una escopeta y disparó al bebe atravesando la bala también a la madre.

—¡Al suelo!

El padre de la criatura lloraba y temblándoles las piernas intentaba arrodillarse mientras suplicaba que no matasen a sus hijos, que lo matasen a él pero a sus hijos no. Juan, al ver que el indígena era un hombre mayor, quiso ayudarlo a arrodillarse pero el coyote le apuntó directamente a la nuca y Juan se volvió a alejar de aquel pobre hombre que lloraba silenciosamente.

—Lo siento, pero no puedo arriesgarme a pasáros por la frontera. Hoy no. Muchos policías me tienen localizado.

—Yo te di dinero, mucho dinero, ¿eso no sirvió?—dijo el hijo mayor del indígena.

Sus palabras fueron su propia muerte, pues el coyote le disparó directamente en el cuello.

—¡Nooo! Por favor, no mate al único hijo que me queda. Tenga piedad de mí. Yo nunca he hecho daño a nadie.

Juan, mientras tanto, atónito, no salía de su asombro y estaba pasando el peor día de su vida.

El tiro se oyó como el más fuerte y fue a parar al único hijo que quedaba, que se desplomó en el suelo. Las lágrimas del indígena caían una detrás de otra y lleno de odio se fue hacia el coyote con intención de matarlo, pero no llegó ni a tocarlo, pues antes de eso el coyote le disparó en el estómago y murió en el acto.

—Bueno, parece que quedamos sólo tú y yo, Juan. Eres un hombre valiente y por eso te he dejado para el último.

—Pero, ¿por qué? ¿A ti te llaman *El Salvador de almas*, y nos haces esto? No lo entiendo.

—Claro que sí. Yo libero las almas que ya están muertas. ¿O tú crees que esas personas no estaban muertas antes de matarlas yo? Esa gentuza estaba más muerta que viva. Llevaban una vida de sufrimiento y yo los he liberado. ¿Lo comprendes ahora?

—Sé que vas a matarme pero sólo quiero decirte una cosa: tu regla de que todos estamos muertos conmigo no te sirve. Yo

estoy mas vivo que tú, pues la vida me ha tratado bien y, si Dios cree que me ha llegado la hora, que así sea.

El coyote apuntó hacia Juan y disparó tres veces llevándose con él dos vidas más: la de María y la de su futuro hijo.

María nunca llegó a saber nada de él. Había veces que se levantaba a media noche y lo llamaba para que le calentara los pies como hacía siempre, aún creyendo que él nunca se había marchado.

Os preguntaréis cómo se yo esta historia llena de dolor. Sólo quiero decir una cosa y es que María se equivocaba en algo: ella siempre pensó que iba a tener un niño, pero no, tuvo una niña y esa niña soy yo, una niña que nació del amor de un padre luchador y de una madre valiente que me crió hasta donde pudo y como pudo. Llevo sin ver a mi madre cinco años. Ella me ha hecho mucho daño, pues no había día que no me recordara que mi padre se fue por mi culpa, y que una madre te culpe de algo así siempre es duro. Pero he llegado a hacer las paces con mi alma y sé que yo no tengo culpa de nada. Sí, mi padre marchó por mí, pero yo no fui culpable de lo que le sucedió.

Mi madre vino a verme hace un mes y me contó el comienzo de la historia que acabo de narrar. He llorado recordándola, pero también he llorado de alegría al ver que tenía un padre que me quería, el mejor padre del mundo. Mi madre aún no sabe que mi padre murió. A veces creyó que encontró un lugar mejor y se olvidó de nosotras, pero yo sé que eso no es así y lo sé porque mi padre me habla y me dice que algún día cumplirá su promesa de volver a por mí y que me llevará a aquel lugar del que una vez le habló a mi madre, a aquel lugar donde ellos serán unos reyes y yo una princesa, donde las cosas nos irán bien y donde no habrá miseria, sino que abundará el amor, y yo sé donde se encuentra ese lugar. Es donde él vive en estos momentos: el cielo.

ÍNDICE

A MODO DE PRESENTACIÓN	5
AGRADECIMIENTOS	11
LOLA (Inés M ^a Gálvez García, 1 ^o E.S.O.)	12
UN MOMENTO DE LIBERTAD (Sergio Jiménez Atenciano, 3 ^o E.S.O.)	14
NUNCA ES TARDE PARA RECTIFICAR (Esperanza Maqueda Rosa, 4 ^o E.S.O.)	24
VIDAS PARALELAS (Irene Alhama García, 1 ^o Bachillerato)	32
CARTAS DESDE Y PARA EL ALMA (Elisa Ángela Balmaseda Márquez, 1 ^o Bachillerato)	44
EL SALVADOR DE ALMAS (Almudena Trillo Ladrón de Guevara, 1 ^o Bachillerato)	52



